

## LA CUESTIÓN DEL OTRO (Y DE UNO)

Juan Carlos Callirgos

### El racismo hoy, o la mano que mece la cuna

Desde el momento mismo de la conquista, el racismo ha jugado un papel muy importante en el Perú. Un país en el que las distancias sociales y la incapacidad de las elites para ver y aceptar a las mayorías han impedido la formación de un proyecto nacional. Sin embargo, normalmente se sostiene que no existe racismo en el Perú, que todos somos mestizos y el factor racial no influye en nuestra vida cotidiana. ¿Es tan importante el racismo en el Perú? Si lo es, ¿cómo es que un fenómeno de tanta relevancia puede ser negado por un discurso de tan amplia difusión? ¿Cómo es que se expresa el racismo en el Perú? ¿Cómo se vive el conflicto racial? ¿Qué consecuencias tiene?

Trataremos de responder a estas preguntas en el presente capítulo. Pretendiendo brindar una mirada general al problema del racismo en el Perú, este capítulo aborda - acaso superficialmente- asuntos que por sí solos merecen investigaciones propias.

El racismo es una forma de mirar al otro, pero también de mirarse a uno mismo. Aquí se dará especial importancia al aspecto subjetivo, a cómo el racismo es vivido internamente por los peruanos: las diversas formas de negarlo, disimularlo, evitarlo, enfrentarlo, sufrirlo, utilizarlo, ejercerlo y desviarlo, tanto respecto a otro, como respecto a uno mismo.

### El choque de discursos

Uno de los aspectos más notables al tocar el tema de las razas y del racismo, es la dificultad que tenemos los peruanos para clasificarnos racialmente. Esto fue observado por Callirgos, Campos y Delgado (1989) en un vídeo en el que se entrevista a personas en la calle, preguntándoseles por el grupo racial al que pertenecen<sup>1</sup>. Antes de dar respuesta -cuando se dio, porque en muchos casos la respuesta no llegó, huyendo el entrevistado-, se ven grandes dudas. Estas señales de dudas e incomodidad ante la pregunta por la raza pueden derivarse a varias razones:

Se considera socialmente que la mezcla racial es realmente fuerte en el Perú, por lo que es difícil clasificar racialmente a alguien con las categorías tradicionales tales como "blanco", "indio" o "negro". Es por eso que la mayoría de personas denominan a otros y se denominan a sí mismas "mestizas".

Pero, y en esto quiero centrarme, se da un "choque de discursos" en el individuo. Por un lado el individuo recibe, a través de su socialización en el hogar, por los medios masivos de comunicación -especialmente la televisión, pero también materiales educativos, etc.- y por otros medios importantes de ideología -chistes, refranes, etc.-, un discurso racista. Por otro lado se encuentra un discurso "oficial" que proclama la igualdad de las personas y que tiene un afán "democratizador". Estos dos discursos contrapuestos crean una tensión que hace problemática la clasificación racial.

Clasificar racialmente implica ir en contra del valor de igualdad, pues al existir una conocida "jerarquía racial", clasificar significa ubicar(se) en una posición definida: "arriba" o "abajo". Ante la pregunta, en el vídeo mencionado, "¿A qué raza pertenece

---

<sup>1</sup> Agradezco a Gustavo Campos y Enrique Delgado. Con ellos se realizó el vídeo mencionado. Muchas de las ideas sobre él son fruto de un trabajo en equipo.

tal persona?" el discurso oficial sale a relucir: "es normal", "es como todos nosotros", "a la raza a la que pertenecemos todos", "a la raza humana", "no estoy por una supremacía de las razas"... Estas respuestas podrían reflejar un deseo de encontrar una identidad propia y nueva ("todos somos iguales"); pero también podrían reflejar una forma de ocultarse a sí mismos –o a los demás– el hecho de que no se posee tal identidad (que en realidad *no todos* somos iguales); estos dos deseos no son excluyentes, sino que parecen actuar conjuntamente en los individuos.

Este conflicto parece ser mayor entre las personas para las que es más difícil sortear la pregunta respondiendo que son mestizas: es decir para los que tienen mayor apariencia a pertenecer a los extremos, a los grupos indio, blanco o negro. Una persona de apariencia "blanca" respondió, primero ante la pregunta por su raza: "todos tenemos de todo", para luego definirse como blanco indirectamente: "mi mamá es blanca, mi papá también, pienso que la tez no dice nada, somos todos hijos de Dios". Vemos aquí el conflicto entre el valor de la igualdad y la realidad social –se presenta una igualdad que se sabe que no corresponde a la realidad– y al mismo tiempo se ve un conflicto entre el valor de la igualdad y el deseo de diferenciarse, de tener prestigio: dos tendencias contrarias. Además, al entrevistado le cuesta responder a la pregunta porque sabe que lo racial tiene connotaciones.

El tema de la diferenciación social se ve claramente en entrevistas grupales o de parejas, cuando hay una relación afectiva entre los entrevistados. Al preguntárseles "¿De qué raza crees que es tu amigo(a)/enamorado(a)?" percibimos dudas y nerviosismo. Una pareja de enamorados dio las siguientes definiciones mutuas: (él de ella) "ella es una morocha", pero cuando se le preguntó a ella sobre él, el enamorado dijo –sobre él mismo–: "yo soy cholo". Ella reaccionó: "¡Ay, qué malo!" Finalmente, ella *no* clasificó a su enamorado. Otro caso interesante se dio en una entrevista a dos amigos. ("¿De qué raza es tu amigo?") Responde el primero: "blanco"; respuesta del segundo: "*igual, moreno*". Una relación de amor o amistad constituye de alguna manera una relación de igual a igual. La pregunta por la raza rompía esa igualdad aparente. Se pedía, al entender de los entrevistados, también una clasificación en la jerarquía socioeconómica y cultural: "arriba" o "abajo". Se borraba la "igualdad" para hacer aparecer un lado feo de la realidad. Ante esta situación, la respuesta final podía ser considerada como un insulto al amigo o al enamorado, puesto que la clasificación racial incluye una valoración e incluso una discriminación para los actores sociales. Aunque otra interpretación posible es pensar que, para el segundo informante, su amigo es moreno; pero no por eso deja de ser igual a él.

Existen, entonces, fuerzas internas contradictorias en el individuo. Esto se ve con mayor frecuencia entre los jóvenes, receptores principales del nuevo "discurso oficial" difundido especialmente a partir del gobierno de Velasco (1968 – 1975) que diera el puntillazo final a la oligarquía, pero que aún reciben una educación racista a través de los medios masivos de comunicación. Los mayores –especialmente los de clase media o alta– parecen tener menos reparos en expresar sus prejuicios, si no es abiertamente, por lo menos a través de refranes; como el que reza "líbreme Dios de cholo con mando, de negro con plata, y de blanco calato", que refleja el deseo de preservar un orden ya resquebrajado (Peirano y Sánchez León, 1984).

En contraposición con la claridad de los mayores, los jóvenes expresan sus prejuicios de otras maneras. Aunque no desee parecer racista, el racismo sale a luz en situaciones de conflicto, cuando los mecanismos de censura son bajos: en el insulto, en situaciones violentas o en bromas y chistes. Este tipo de racismo es llamado

“racismo aversivo”<sup>2</sup>. En los chistes “todo está permitido”. Son excelentes medios de comunicación, un espacio privilegiado en el que se permite decir lo que de otra manera sería condenado: burlarse de la autoridad –incluso eclesiástica-, de la realidad, de uno mismo. Son innumerables los insultos con connotaciones raciales –y racistas<sup>3</sup>-, así como los chistes en los que los estereotipos raciales aparecen crudamente: el indio tonto, el negro violador, el blanco pituco, el cholo arribista, etc.<sup>4</sup>

Podemos hacer una analogía entre algunas expresiones de nuestro racismo, como el chiste, y el síntoma neurótico. En este último lo que sucede es que una pulsión o deseo inaceptable para el súper-yo (instancia encargada de indicar lo que es bueno y lo que es malo en cada individuo) es reprimido y guardado en el inconsciente, pero la fuerza de esa pulsión es tal que lucha por hallar satisfacción, lográndolo, en el caso del neurótico, al hacerse consciente de manera disfrazada o sustitutiva. Así pues, un pensamiento inaceptable social e individualmente –como el racismo- es reprimido –racismo aversivo (Dovidio y Gaertner, 1986)-, pero éste busca salir a flote indirectamente, a escondidas o deforme: a través del chiste, del *graffiti*, etc.

El chiste disfraza o atenúa una idea que de expresarse abiertamente sería inaceptable. Vemos que si el síntoma neurótico expresa un conflicto entre fuerzas internas, los chistes –siendo productos sociales- pueden expresar un conflicto entre fuerzas sociales. Podríamos decir que en los chistes –así como en otras manifestaciones de nuestro racismo- se expresan contenidos de lo “inconsciente social”<sup>5</sup> de la sociedad peruana, es decir, resultados disfrazados y deformes de una pugna entre los contenidos racistas adquiridos y el filtro social antiracista. Por ello, son expresiones de conflictos sociales que son también personales, están ya en el ámbito subjetivo.

El peruano siente conflicto y lo vive dentro de sí; en algunos casos lo desplaza, en otros puede significar un trauma que lo afecte en su accionar diario. La raza puede ser un estigma: el blanco se puede sentir mal por serlo, porque a su apariencia están ligadas las imágenes de la clase alta, de abusivo, etc. que pueden generar sentimientos de culpa. El indio porque a su apariencia se ligan las imágenes de menor prestigio, ignorancia, incapacidad mental, etc. Así, podríamos seguir con los otros grupos sociales.

---

<sup>2</sup> Dovidio y Gaertner (1986) estudian los nuevos rostros del racismo en los EE.UU. En dicho país existe un discurso democrático –“All men (sic) are equal under law” (“todos los hombres –en masculino- son iguales ante la ley”)- y una tradición racista. Ambos forman parte de los valores de la sociedad norteamericana. Los autores crean el término “racismo aversivo” para denominar el racismo encubierto, inconsciente, que sale a relucir en situaciones de conflicto, cuando el autocontrol se pierde. La persona racista aversiva no admitiría, auténticamente, la existencia de prejuicio alguno.

<sup>3</sup> La canción del grupo de Rock “Nosequién y los Nosecuántos” Magdalena da un claro ejemplo de que las denominaciones raciales están íntimamente ligadas al insulto. La canción es resultado de asociaciones de ideas, lo que sigue a “negra” es “negra concha de tu madre”.

<sup>4</sup> Para una lectura de estereotipos en los programas cómicos de la televisión peruana, ver: Peirano y Sánchez León (1984).

<sup>5</sup> Utilizo la denominación en el sentido que le da Fromm (1992), distinto al concepto de “inconsciente colectivo” de Jung. Para Fromm existe un “filtro social” –compuesto por el lenguaje, la lógica, las costumbres, ideas e impulsos permitidos o prohibidos, etc., específico de cada cultura- que determina qué se admite en la conciencia y qué no- Se impide que determinados fenómenos lleguen a la conciencia, porque su represión cumple un papel importante para el funcionamiento de la sociedad. Lo inconsciente social, así, es visto como relacionado con la estructura social.

Este choque del discurso racista adquirido desde la cuna, con el democrático, aprendido y consciente<sup>6</sup>, va a ser la causa de que el racismo se exprese –vencida la censura- de formas tan diversas como encubiertas. Por ello nos deben interesar, también, las manifestaciones individuales de este hecho social, las tensiones que se generan en el individuo que recibe influencias contrarias. Ver cómo se vive individualmente el conflicto racial en una sociedad que oficialmente niega su existencia.

### La cuestión de uno

Una forma de desplazar el conflicto, pero que por lo mismo reflejaría su existencia, es el denominado mestizo. Ubicarse al medio. Ese es el camino que toma la mayoría de peruanos. Denominarse mestizo, sin embargo, tampoco es una panacea. Puede ser un “colchón” que alivie, evitando los extremos. Pero también puede crear conflictos, sentirse “en tierra de nadie”.

Es evidente que las imágenes presentadas como deseables por los medios masivos de comunicación no corresponden a la apariencia de la mayoría de peruanos. Ante ello, el camino de muchas personas es actuar, no quedarse así: intentan “ascender”. Sería interesante estudiar a aquellos que se tiñen su cabello, intentan cambiarse el color de la piel, o incluso -si la capacidad económica lo permite- el color de los ojos. Ante el conflicto se puede reaccionar de diversas maneras. Portocarrero (1990b) señala que ante el sufrimiento se pueden tener tres tipos de respuesta: la de mártir, que lo acepta; la que se queja y la de aquel que actúa, el héroe. Estas tipologías son útiles para los problemas que tratamos. El que actúa, en este caso tiene la opción de “blanquearse”. Si el ser indio, negro, cholo o mestizo genera baja autoestima, si uno se siente poco apetecible o atractivo(a), es entendible querer “ascender”. Cambiar de apariencia y/o de nombre: dejar de ser Nemesios para ser Johnnys, Wilmers, etc. Como el zambo Roberto del cuento de Ribeyro<sup>7</sup>, quien se pinta el pelo, se talquea, se viste como gringo, aprende inglés y termina siendo Bob, héroe norteamericano caído en la guerra de Corea.

Pero, ¿Esto es heroico? Apropiarse de territorio enemigo puede ser considerado así, mas en estos casos podríamos decir que la víctima ha introyectado al verdugo. Señala Caruso (1964) que la víctima de una agresión puede identificarse con el agresor. Este es un mecanismo de defensa y una forma de reacción social. Se acepta la visión del mundo del opresor, el oprimido ya no se apoya en el sentimiento de su propio valor, introyectando el súper-yo, la escala de valores del opresor y saliendo al encuentro de la destrucción de sí mismo<sup>8</sup>. Laplanche y Pontalis (1984) anotan que la identificación con el agresor hace que el sujeto agredido reasuma por su cuenta la agresión en la misma forma, ya sea imitando física o moralmente a la persona del agresor, ya sea adoptando ciertos símbolos de poder que lo caracterizan. Los rasgos raciales pueden ser considerados símbolos de poder.

Estos fenómenos, claro está, pueden ser interpretados de diferente manera. Para algunos, más bien, se trata de una “alienación”, Pero el rechazo a esta “alienación” puede deberse a la sensación de amenaza del grupo social al que le arrebatan los

---

<sup>6</sup> Siguiendo al lingüista Stephen Krashen, hacemos la distinción entre adquisición y aprendizaje. El primero es un proceso sutil e inconsciente por el cual uno llega a interiorizar -absorber- cierto conocimiento; el segundo es un proceso de racionalización mediado por la consciencia.

<sup>7</sup> Ribeyro, J. “Alienación”, en: La palabra del mudo. Milla Batres. Lima, 1972.

<sup>8</sup> Caruso (1964) expone un ejemplo dramático: algunos judíos del ghetto de Varsovia habían introyectado a sus verdugos a tal punto que deseaban ser como los policías alemanes, los imitaban, se saludaban con el saludo nazi y veneraban a Hitler.

símbolos de poder. De esa manera, las personas que ostentan los símbolos de estatus sienten repulsión hacia los que han osado "igualarse" y que no se han "quedado en su lugar"<sup>9</sup>.

En una encuesta realizada entre colegiales de un colegio de San Juan de Miraflores<sup>10</sup>, el 88.9% de los alumnos manifestó estar a gusto con su grupo racial. Sin embargo, una lectura completa de las respuestas nos da un panorama distinto al respecto: 25% de los encuestados que respondieron que sí estaban a gusto con su grupo racial, respondieron de manera "poco convincente". Como: "Sí, porque quiera o no quiera yo pertenezco a esta raza". Otros encuestados, no incluidos en el porcentaje mencionado anteriormente, hicieron referencia a que no se debía tener vergüenza: "estoy a gusto como soy y no tengo vergüenza de serlo". Pareciera, entonces, que existe un sentimiento de resignación entre los informantes. El decir "yo no me avergüenzo" parece reconocer que otros sí lo hacen o que sí hay algo de qué avergonzarse. Un muchacho de 16 años dio una respuesta significativa, en la que se señala que "no se puede cambiar":

"Bueno todo el mundo dice que porque no soy negro o rubio pero estoy conforme con lo que soy porque así nací y así moriré. Uno no puede cambiar lo que es y si es que cambia siempre seguirá siendo lo que era".

Otro chico, de 15, nos dijo:

"Si me gusta pertenecer a ese grupo porque no me avergüenzo de ser cholo como mis padres lo son porque nacieron ahí."

Una chica de 16 años respondió:

"Sí. Porque estoy a gusto como soy y no tengo vergüenza de serlo".

Resignación, imposibilidad de cambiar, reconocimiento de que otros están inconformes e intentan cambiar. ¿Cuánto puede afectar la pertenencia a ciertos grupos raciales, la autoestima de los actores sociales? Para esto nos sirve el concepto de "desesperanza aprendida", un individuo o grupo estigmatizado puede "aprender" cuáles son sus límites, hasta dónde puede llegar. Puede tener baja autoestima, sentimientos de inferioridad, incluso adoptar los prejuicios y estereotipos que recaen sobre él. Los resultados de las encuestas de Fukumoto (1976) ejemplifican lo dicho: a pesar de que ninguno de sus entrevistados negros dijo estar descontento con su raza, la ubicaron como la última en la jerarquía. Fukumoto (1976: 242) concluía que...

"...los negros tienden a comportarse de acuerdo a los estereotipos de que son objeto, corroborando, reafirmando y consolidando el pensamiento estereotipado."

Este fenómeno no es más que la prueba de que el racismo es una ideología exitosa: termina siendo interiorizada por las propias víctimas. José María Arguedas (1975: 119) veía que en la sierra sur, "señores e indios parecen aceptar diferencias que comprometen la propia naturaleza de las personas y no únicamente su condición socioeconómica". Así también Albó (1986: 158-159) señala que hay:

---

<sup>9</sup> Nada dolió más a un personaje de clase media alta del citado cuento de Ribeyro, que el hecho de que el zambo Roberto vistiera unos jeans iguales a los suyos.

<sup>10</sup> La encuesta se realizó en el Colegio Nacional Leoncio Prado (7035), ubicado en Pamplona Alta, en el distrito de San Juan de Miraflores. Agradezco a Coni, subdirectora del plantel, por haberme permitido realizar la encuesta allí. Las respuestas a la encuesta serán citadas respetando la ortografía y la puntuación con que fueron escritas.

“En bastantes ‘indios’ un convencimiento de que, si tanto lo dicen todos, los ‘indios’ realmente deber ser inferiores y que por lo tanto los ‘otros’ que son los que realmente pueden y saben, son los que pueden darles soluciones.”

Las imágenes que se proponen, vía medios de comunicación, como socialmente deseables, no corresponden con la figura que la mayoría de peruanos observa al mirarse al espejo. Este desfase es particularmente importante en nuestro país, y es el que hace que el racismo sea particularmente corrosivo y destructivo.

En la sociedad peruana existe una identificación entre raza y clase, por lo que clasificar a un individuo dentro de un grupo racial significa también clasificarlo socioeconómica y culturalmente. Ante la pregunta “¿A qué raza pertenece tal persona(je) (de la televisión peruana)?.” Una respuesta frecuente fue: “es de *clase...* (alta, media, baja)”.

### **Existe el racismo, pero bien lejos”**

Desde el poder se niega repetidamente que en el Perú exista racismo, aunque muchas veces se admite la existencia de un prejuicio de clase. Al respecto dice Fukumoto (1976: ix): “En un país donde raza y clase están íntimamente relacionados, esta posición acaso resulta creíble y aun pueda mostrar algunas pruebas”. Para luego añadir:

“Pero si bien es cierto que un negro rico puede ser tratado como blanco... también lo es que entre un negro y un blanco igualmente ricos se preferirá al último, y las aceptaciones populares de que ‘no deja de ser negro aunque tenga plata’ son también valederas.”

Hay quienes consideran que no existe racismo en el Perú, debido a que no está consolidado legalmente, es decir, no es una política del Estado. Además, para quienes sostienen este argumento la ausencia de racismo aquí se refleja en la política exterior: el Perú formó parte del comité especial de las Naciones Unidas contra el *Apartheid* de Sudáfrica, y firmó la Convención de las Naciones Unidas contra la Discriminación Racial<sup>11</sup>. Pero, el hecho de que no sea una política del Estado, no quiere decir que no exista racismo. Aparte de explícitamente racistas, ¿quiere decir que ya no existe racismo en el mundo? Además, las convenciones son firmadas de acuerdo a conveniencias políticas; como señala Banton (1992: 70) “muchos como ‘no racistas’ “. Pinto, en su citado artículo, reconoce que la política contra el racismo del Estado peruano fue conveniente políticamente: “... me consta [que tal posición internacional], trajo beneficios políticos para el país...”

Otro argumento para negar el racismo, es que en el Perú una persona puede pasar fácilmente de discriminador a discriminado o viceversa, de acuerdo con las circunstancias en un determinado momento. De cholear a ser choleado, por ejemplo. Es cierto que las posiciones cambian de acuerdo al entorno, que una misma persona puede ser considerada como de una u otra raza, dependiendo de quién haga la clasificación; pero esto no niega la discriminación, sino que precisamente demuestra que existe. Y que los peruanos somos entrenados para clasificar racialmente, lo cual no sucede en otros países.

Es importante, para el análisis del racismo en el Perú, contrastarlo con otros casos de

---

<sup>11</sup> Ver el artículo de Pinto “¿Xenofobia en Alemania y racismo en el Perú?, aparecido en *Expreso*, 5 de abril de 1993, página A23.

racismo en el mundo. Portocarrero (1989) ha señalado un aspecto importante: aquí el racismo se dirige en contra de una mayoría, por lo que tiene efectos más desintegradores. Esto tiene como consecuencia primordial que, al ser el modelo socialmente deseado distinto al de la mayoría de peruanos, el racismo pueda dirigirse en contra de uno mismo. Y eso es lo que lo hace tan perverso y corrosivo. El racismo hace difícil aceptarse como se es, lo cual hace que nuestro racismo sea desgarrador.

De otro lado, en otras partes del mundo -como en Norteamérica y Europa- existe una marcada y rígida dicotomía entre blancos y negros, o entre blancos y otros grupos minoritarios. En el Perú hay, más bien, un amplio espectro de categorías raciales difíciles de delimitar y con diversos grados de mestizaje. Los peruanos hemos desarrollado sensibilidad para reconocer las variaciones físicas. Portocarrero (1990: 31) señala que en el proceso de socialización, los peruanos somos entrenados para reconocer y ocultar, simultáneamente, las diferencias raciales.

Pero, además, en el caso norteamericano la rígida oposición entre blancos y negros, por ejemplo, permite que el discriminador vea al discriminado como un "otro" enteramente distinto a sí mismo. En el caso peruano, el mestizaje hace tal objetivación casi imposible. En otras palabras, al discriminar a alguien por "indio" se tiene que negar la probable parte "india" de uno mismo, lo cual significa la negación de la propia identidad. Esta es una característica importante de nuestro racismo, que hace que sea desgarrador y tan negativo para la formación de la identidad individual y colectiva.

A mi parecer, sin embargo, muchas veces se sobredimensionan las diferencias entre el racismo en el Perú y los de otros lugares y épocas. Es cierto que el racismo en el Perú se entremezcla con otros factores, como el étnico, el de clase social, el educativo, etc. Pero esta es una característica de todo racismo, como vimos en los capítulos anteriores. Que el racismo se dé entre personas de similar apariencia física para un observador extraño a tal relación, es muestra de que el racismo es producto de una ilusión ideológica; cuando no de un discurso político abierto y oficial, como en el caso de la persecución de la Alemania nazi contra los judíos.

De otro lado, muchas veces se señala que sólo hay racismo allí donde se reconoce oficial o políticamente su existencia. El racismo aquí no existiría porque no se sustenta legal ni políticamente. Esta es, evidentemente, una visión bastante estrecha de los fenómenos sociales. Como si sólo existiera en la realidad lo que señala la legislación.

Negar la existencia de racismo en el Perú, puede deberse a que termina siendo más fácil cerrar los ojos ante los problemas. De manera que uno niega -muchas veces ante sí mismo- que discrimina o que es discriminado. Y esa es una característica importante de nuestro racismo: es vivido como un conflicto interno, por lo que tratar el tema termina siendo movilizador. Ante ello, será siempre preferible una actitud de defensa: callar, cambiar de tema, proclamarse inmediatamente en contra, o abordarlo de una manera menos cargada y agresiva, en el chiste, por ejemplo.

Otra manera es admitir que el racismo existe..., pero en otras partes del mundo. Sea en debates académicos, como en conversaciones particulares, cuando se trata el tema del racismo en el Perú, siempre se termina hablando de los Estados Unidos, o de la Europa actual, siempre de los conflictos entre negros y blancos. Este es un verdadero desplazamiento: una característica propia se proyecta hacia afuera porque así resulta menos amenazadora. Con ello se puede hablar del racismo, pero ya sin la carga emocional inevitable al tratar nuestro racismo. Es significativo que el desplazamiento sea un mecanismo de defensa característico de las fobias.

Es asombroso que, en charlas y conversatorios sobre el racismo, muchas veces se termine acusando de racista al que lo trate o estudie. Se prefiere acusar individualmente -a modo de chivo expiatorio- antes que profundizar en el racismo

como problema social. Y es que el tema en sí mismo remueve aspectos que se prefiere mantener ocultos.

### **Incomunicación: la cuestión del otro y de uno**

Una de las características en nuestra sociedad es la incapacidad de ver al "otro", de entendernos, de comunicarnos. Flores Galindo (1989: 133) decía que uno de los costos más terribles del colonialismo fue generar "una cultura del miedo y la desconfianza, de los recelos mutuos". Debemos preguntarnos si las visiones colonialistas han desaparecido. Las relaciones con el (los) otro(s), es un tema vital en un país diverso – "multilingüe y pluricultural", para utilizar denominaciones familiares y simplistas.... La comunicación impedida por la "otredad" cultural, socioeconómica y racial. ¿Seguiremos siendo un país de extranjeros, una "República sin ciudadanos"?, usando la frase con que Flores Galindo tituló su ensayo sobre el racismo.

Un requisito para la comunicación con el "otro" es reconocerlo y aceptarlo tal como es, así como aceptarse uno mismo como es. Por ello uno de los epígrafes que abren este capítulo. Sería más saludable que nos reconociéramos como somos y podamos llamarnos como somos, sin una carga valorativa y sin eufemismos<sup>12</sup>.

No tocar un tema no significa resolver los problemas que acarrea, sino más bien perennizarlos y profundizarlos. Por ello es importante ventilarlo. Hemos visto que el racismo puede penetrar en el ámbito familiar. No pueden comprenderse otras relaciones sociales –como las que se dan entre patrones y empleados, por ejemplo, en las que se suma a los conflictos de clase- si no se tiene en cuenta el racismo en el Perú.

La desintegración, el desencuentro social, es quizá el problema más grave del país. El que impide la construcción de consensos y de un proyecto nacional democrático, basado en el respeto por la vida y la justicia. Y en ello el racismo juega un papel vital. Al tratar el racismo estamos descubriendo, poniendo a la luz, un aspecto de nuestra realidad que normalmente ocultamos. Y ese el sentido del epígrafe que abre este capítulo: Sacando el racismo a la luz, podemos ver reflejados los problemas más graves de nuestro país.

---

<sup>12</sup> Estos se utilizan, especialmente, para nombrar a los negros: "hombres de color", "morenos", a los del Alianza les dicen "grones"- "negros", pero al revés-, etc. Lo mismo para su música: "negroide". ¿Existe música blancoide? Félix Casaverde, músico negro, protesta al respecto. Se reconoce como negro y quiere que se lo llame así, sin tapujos.